

Memoria viva.

Fotografías de un cardiólogo: entre la física y la medicina

V.A.

El doctor Carlos Romero se dedicó a la cardiología luego de un breve pasaje por la biofísica. La diversidad de sus intereses lo ha llevado desde las ciencias exactas, hasta la literatura. Dedicado a la fotografía manifiesta con gracia una “crisis vocacional” luego de jubilarse. Nos recibió en su departamento, diseñado por uno de sus hijos, dedicados a lo que Romero alguna vez soñó. Sin embargo no se arrepiente de una carrera que ejerció a través de la docencia y la Clínica.

¿Dónde nació y cuándo?

Nací en Montevideo, en lo que era el Sanatorio de Obreras y Empleadas en 18 de julio y Beisso, en el año 1939.

Es interesante porque nació en esa zona a pesar de que mis padres no vivían ahí. Después vivimos mucho tiempo en la calle Carapé y Acevedo Díaz, ahora se llama Monteroso de Lavalleja, a dos cuadras de donde nació. Muchos años después tuve un consultorio durante mucho tiempo a dos cuadras del mismo lugar, en 18 de julio y Cassinoni, en aquel momento Duvimioso Terra.

Mi vida transcurrió en esa zona, después fui a la escuela Perú, tengo un pasaje en primer año por las Dominicanas. Era un colegio de niñas, pero había un primer curso de preparatorios, donde se admitían varones que vivían en el barrio o eran hermanos de otras alumnas.

Claro yo vivía en el barrio y mis hermanas mayores iban a las Dominicanas. Tengo varios compañeros médicos que fueron a ese grupo y varios otros que después nos vimos en el liceo. Al terminar la escuela fui al liceo San Juan Bautista.

Todavía conservamos la amistad con los compañeros del liceo, y ahora que estamos casi todos retirados nos reunimos todos los miércoles a las 11 de la mañana en el Expreso Pocitos.

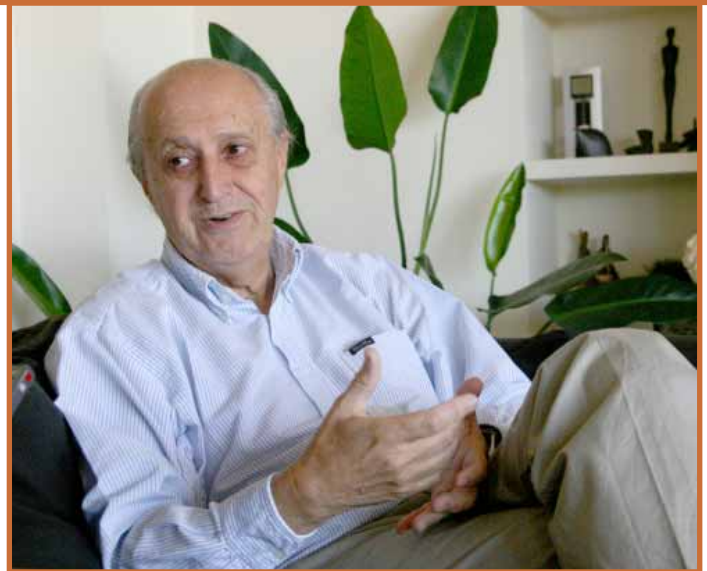
También tenemos reuniones más gastronómicas esporádicas, pero seguimos con el mismo espíritu que a los 17 años.

Mi idea inicial era hacer arquitectura, a último momento en cuarto de liceo cuando uno tenía que optar obligatoriamente cambié de orientación.

¿Por qué cambió de opción?

Realmente no lo sé, siempre estuve conforme con haber elegido medicina. Recién después de jubilarme tuve una crisis vocacional (risas).

Seguramente mi afición y mis gustos por las matemáticas y la física, por las ciencias exactas se han transmitido a



mis hijos. Tengo tres hijos varones, dos de ellos son ingenieros de sistemas y el otro es arquitecto. Siguieron lo que parecía predestinado para mí.

De todas formas cuando entré a la Facultad me vinculé rápidamente a la biofísica, donde hice mi carrera. El departamento estaba a cargo del profesor Carlevaro. Un referente muy importante en docencia y una personalidad desde el punto de vista universitario.

Paralelamente empecé a hacer la carrera médica, hice el internado y me vinculé a la cardiología. Después, en la época de la dictadura quede cesante en biofísica y cuando aflojó la situación ingresé como Grado 2 en cardiología.

Tuve la oportunidad al regreso de la democracia de volver a la biofísica, pero ya me había orientado hacia la clínica y seguí la carrera en cardiología.

Cumplí con las funciones de profesor de cardiología hasta el año 2004, al cumplir los 65 años.

En el Hospital de Clínicas además de las funciones propias de cardiología, fui el jefe del cuerpo médico.

¿Cuál es su visión del Hospital de Clínicas?

El Hospital universitario tuvo una época de esplendor que no conocí. Cuando empecé la clínica ya venía en franco declive, que se fue pronunciando cada vez más. Siempre con muchos problemas económicos, con un manejo administrativo difícil. Asistí a un deterioro muy marcado del Hospital de Clínicas, con algunas perspectivas, que en definitiva no terminan de concretarse. Un aporte de fondos de la Junasa, que está siempre por concretarse, no se termina de materializar.

¿Cómo incide esta situación en el trabajo de los médicos?

Es muy difícil el trabajo de los médicos, por las carencias que existen, los sueldos (ahora mejoraron un poco) que ganábamos eran muy bajos.

Es así que todo el mundo tenía su actividad laboral fuera del hospital y este funcionaba en teoría cuatro horas. La asistencia, las policlínicas, los servicios, de 8 a 12 de lunes a sábado, pero después se fue reduciendo.

Era admisible que todos los docentes jóvenes faltaran una vez por semana, porque tenían que hacer una guardia. Los sábados se dejó de concurrir en definitiva, los horarios eran más reducidos.

Naturalmente en un lugar donde se cobra muy poco, hay que tener una fuerte vocación de servicio para poder cumplir.

Pero indudablemente siempre hubo gente que dedicó el alma al Hospital de Clínicas, tanto desde el punto de vista de los médicos como de los funcionarios.

Esta situación, ¿incidió en la atención de los pacientes?

Sí, ya en la época en que yo estaba no había medicación para darle a los pacientes ambulatorios, esta era exclusivamente para los pacientes internados.

La gente tenía que comprar sus medicamentos, a veces la gente debía comprarse las placas enfrente para poder hacerse una radiografía.

Manejábamos mucho muestras que nos daban los laboratorios, pero naturalmente eso nunca era suficiente.

¿Qué es lo que más rescata de ese período?

Todo lo hice en el Clínicas, había otras posibilidades para hacer la clínica en el Maciel, el Pasteur, pero la hice en el Clínicas. De todas formas cuando me recibí en el año 1968 me vinculé a la cardiología y seguí hasta el 2004. El Clínicas ha sido toda mi vida académica.

¿Cuáles fueron sus referentes docentes en la Facultad?

El doctor Carlevaro en biofísica, después en la medicina fui interno del piso ocho, que estaba a cargo del profesor Purriel. Allí había un grupo de médicos excelentes; cuando

fui interno como docente tenía al doctor Gilberto Prat, entre otros, todas personas extraordinarias.

¿Por qué lo atrajo la cardiología?

Con Carlevaro escribimos, muy poco después de haber ingresado a biofísica, un trabajo para los estudiantes que se llamaba: "Las bases físicas de la electrocardiología", que lo hizo prácticamente todo Carlevaro, yo contribuí con el 20%.

Creo que a través de las bases de la electrocardiología fue que surgió mi vinculación a la cardiología.

Durante la dictadura cívicomilitar cuando usted estuvo fuera de la docencia ¿cómo fue su vida?

Dura, por un lado yo tenía mi sustento basado solamente en eso y el Casmu. Cuando me recibí, en aquella época todos entrábamos a trabajar en el Casmu, no había límites.

Así que mis ingresos venían de la Facultad y el Casmu. Lo sentí económicamente y profundamente desde el punto de vista afectivo.

De todas formas tenía algunos trabajos médicos, tampoco fue una catástrofe económica, fue mucho más lo afectivo y espiritual. Yo le dedicaba mucho tiempo al hospital, y la facultad era la parte más importante de mi vida.

Yo decía que el Hospital de Clínicas representaba el 20% de mis ingresos y el 80% de mis preocupaciones.

¿Cómo fue su trabajo en torno a la ética?

Trabajé en ética de la investigación cuando se realizan estudios clínicos que involucran a pacientes. Todos los aspectos que hay que cubrir para que se hagan en condiciones de respeto, que también tiene su paralelo a nivel animal.

Fue un trabajo bastante engorroso, porque se presentaban estudios internacionales multicéntricos que requieren un análisis muy profundo. Cuando estos estudios vienen propuestos por una multinacional han pasado por la aprobación de comités de ética muy severos.

Las exigencias son tremendas, pero teníamos que ver si eran adecuadas para nuestro medio en cuyo caso se podía llevar a cabo el estudio.

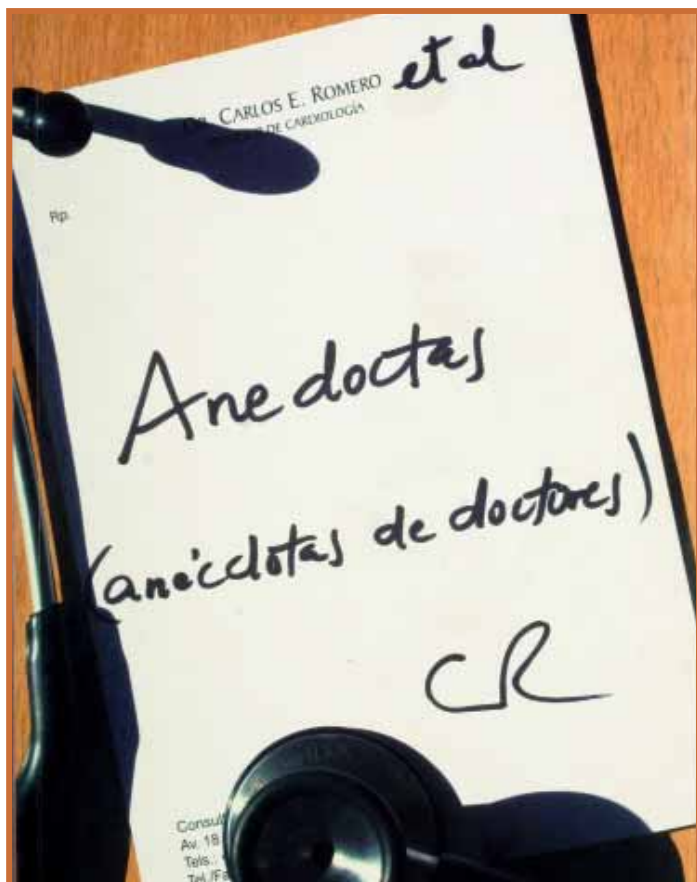


Taroplen
TELMISARTAN

PRESENTACIONES:
ESTUCHES CONTENIENDO
14 Y 28 COMPRIMIDOS DE 40 MG.

Máxima protección con una única toma diaria





Si no tenía una razonable adecuación con las exigencias de nuestro país ese estudio no se podía realizar, es imposible modificar un protocolo que está funcionando en el mundo entero.

Este comité tenía un atraso muy importante, que hacía que muchas veces las aprobaciones demoraran meses, cuando estaba por finalizar el plazo.

Esta situación dificultó la inclusión de pacientes en los estudios multicéntricos, pero también era una garantía para nuestros pacientes.

En retrospectiva ¿qué es lo más rescatable del ejercicio de la medicina?

Creo que las máximas satisfacciones son a nivel personal, en la relación con los compañeros, siempre he tenido muy buen relacionamiento con mis colegas, con los profesores y alumnos.

Pero también en la relación con los pacientes, cuando en algunas circunstancias se puede lograr algún resultado favorable en cuanto a la salud, pero también con un fuerte componente en los aspectos humanos.

¿Luego que se jubiló quedó en contacto con algunos pacientes?

Sí, cuando ando caminando por la rambla me encuentro con decenas de pacientes. Esta es una zona (Pocitos) que tiene muchos pacientes abonados del Casmu y siempre me encuentro con alguno.

¿Cuáles fueron los tragos más amargos en el ejercicio de su carrera?

Lo más amargo estuvo en la vinculación con un acto médico que fue casual. En febrero del año 1985 estábamos en una playa de Punta del Este con mi señora que es médica, y que estaba con un embarazo casi a término.

Había un chico de 10 años bañándose a dos metros de la orilla. Una lancha pasa por allí con un chico haciendo esquí que se cae. La embarcación da la vuelta para recogerlo y en vez de hacerlo mar adentro, lo hace hacia la costa y atropella al niño.

Prácticamente le arranco una pierna y le produjo una herida en la cabeza con pérdida de masa encefálica. Intenté la reanimación del chico, masaje cardíaco, respiración boca a boca. Mi mujer, que un mes después dio a luz, estaba con una enorme amargura y me ayudó en la reanimación, hasta que llegó un móvil.

El niño en ningún momento tuvo respuesta, ninguna posibilidad de sobrevivir. Esa fue la experiencia más dura que he vivido. Fue terrible en todo sentido, muchas personas querían linchar al chofer de la lancha.

Ud también escribió dos libros: “Ane doctas” y “Así fue”, ¿cómo surgió la idea?

Sin haber tenido vinculación con la literatura y en base a una iniciativa que le planteé a un grupo de amigos de escribir anécdotas de la vida profesional.

Les propuse recopilarlas; muy poquitos escribieron, pero algunos me pasaron anécdotas y comencé a recordar y expresar mis neuronas. Así logré recoger una buena cantidad de anécdotas y le puse al libro: “Ane doctas”, un juego de palabras.

Cuando terminé de publicar ese libro, surgió otra recopilación de anécdotas, ya no doctas sino legas. Pensé llamarla Anelegas, pero era complicado, así que decidí cambiarlo por “Así fue”.

Esos dos libros fueron totalmente inesperados para mí, jamás pensé en escribir ese tipo de cosas. Tuvieron muy buena receptividad, excepto en los aspectos económicos. Ha sido una de las más grandes satisfacciones que he tenido.

¿Tiene algún otro proyecto de este estilo?

Sí, el primer libro no tenía título, en el segundo el título apareció cuando estaba en la imprenta. De este otro tengo el título pero no el contenido (risas).

“Historias de vida” sería el título, aunque no sé si será de vidas con v corta o historia debida, en el sentido que están en el debe.

La idea me surgió a partir de tres situaciones que vivió una amiga, que tuvieron un final feliz pero fueron tremendas. Empiezan en un campo de concentración y lo que hizo su padre para salvar a su familia.

Le propuse a ella empezar a escribirlo y me dijo que no lo quiere hacer. Esa semilla apenas la planté abortó, así que no sé que va a pasar. Capaz que empiezo a inventar algunas historias.

Algunas anécdotas que pueda compartir con nosotros

Me acuerdo de una relacionada a la línea 68, que era el viejo trolley en el que viajaba a la Facultad. Mucha gente viajaba en él y me acuerdo del día que ingrese a la facultad.

El docente nos recibió diciendo que “de los que están acá la mitad no pasa de año”.

Muy alentador...

... exacto (risas), tenía razón, aunque realmente no era una actitud muy alentadora para los que iban a estudiar.

Otra anécdota de las que más me gustó se llama “Pan marsellés”. De chico fui a Minas a la casa de unos parientes, nos sirvieron pan marsellés en el desayuno.

Siempre lo recordé, hace poco volviendo de un llamado pasé por una panadería vi pan marsellés y lo compré.

Pero sucedió que este pan no era como antes, no se si fue porque usé margarina light en vez de manteca, porque lo acompañé con café instantáneo y no con café de verdad, o porque la leche era descremada y no entera.

O porque lo endulcé con sacarina y no con azúcar, o porque hace 60 años yo tenía toda una vida por delante y hoy tengo toda una vida por detrás (risas).

Otra anécdota que me gusta fue la que conté en una conferencia en el policlínico del Casmu 2, el doctor Fiandra a propósito de los implantes de marcapasos.

Antes que estuvieran disponibles los marcapasos comerciales, unos médicos desarrollaron un sistema para estimular el corazón de un paciente que tenía un ritmo muy lento, estimulando los 78 ciclos por minuto, una frecuencia muy adecuada.

¿Cómo lograban esa frecuencia? con un tocadisco de 78 revoluciones por minuto, cada vez que el disco daba una vuelta hacia un contacto y descargaba.

Resulta que el paciente era un jugador de ajedrez muy hábil, los médicos que tenían que estar controlándolo permanentemente jugaban al ajedrez, y el hombre siempre les ganaba. ¿Qué hicieron?, pusieron el tocadisco a 33 revoluciones, y entonces solo ganaban ellos.

En el otro libro, “Así fue”, lo más ingenioso, es un cuento que sucedió en una zona de Canelones.

Estaban en un boliche de campaña, había dos personas tomando alcohol en cantidades abundantes, en determinado momento el dueño del lugar les dice que la batería está cargada.

Salen tambaleando, llevan la batería, la colocan y cuando van a salir del boliche todo el mundo quedo a la expectativa para ver como iban a manejar.

Van a salir del lugar y en vez de salir para adelante el camión sale para atrás y se caen en una cuneta. Uno de ellos dice: “pero que hiciste animal, pusiste la batería al revés”.

También tengo varias historias de mi familia, una rama llamada Aguiar que son de Treinta y Tres y de Cerro Largo. Eran tipos distraídos y pintorescos, cuyas historias se han ido pasando de unos a otros en la familia.

¿A qué se dedicaban sus padres, como se llamaban?

Mi padre era bancario, se llamaba Carlos igual que yo, para mí fue un modelo de rectitud, un hombre muy trabajador, siempre estaba trabajando, pero además de tener su empleo en el banco, llevaba contabilidades.

Mi madre fue ama de casa, se llamaba Juana Berta, pero todos le decían Yeya. Murió a los 93 años en 1997.

Mi padre murió más joven a los 67 años, cuando él murió yo tenía 30 y decía “bueno 67 años, ya vivió bastante”, pero ahora que estoy ahí, no lo veo así (risas).

Ahora que está jubilado, ¿tiene interés por hacer otras cosas además de escribir?

Esto ha sido una aventura inesperada. He tenido bastante afición por la fotografía, hice un curso en el Foto Club del Uruguay. En los libros aparecen fotografías que son todas mías. Después sigo muy vinculado a actividades que tienen que ver con la cardiología.

Soy el editor de la Revista Uruguaya de Cardiología, fui el primero cuando se fundó en el año 1986, estuve como diez años en ese puesto. Mi segunda etapa fue el año pasado cuando ingresé nuevamente como editor. Me lleva mucho tiempo.

Además integro la comisión de acreditación de actividades de educación médica continua, de la Escuela de Graduados, en dónde también cumplo una actividad que insueme una reunión semanal, todos los miércoles.

A eso le estoy sumando la afición por la fotografía, los miércoles nos reunimos a las 9 de la mañana, entre esa hora y las 9:15, (según como estén los ascensores del Clínicas ese día).

Nos reunimos en el piso 20 y desde ahí hacia el sur tenemos una visión directa del Estadio Centenario. En algún momento me empecé a llamar la atención cómo la sombra de la torre de los homenajes, se iba proyectando en distintas zonas de la cancha en el transcurso del día y el largo de la sombra depende de la época del año.

Todos los miércoles a esa hora saco una foto desde la misma posición, voy a ver si monto un panel con todas las fotos a lo largo de todos los miércoles del año.

Hay fotos que revelan distintos momentos de la vida del Estadio, hay una donde están montando el escenario donde actuarían Los Olimareños.

Hay otra sacada el miércoles que Uruguay perdió con Argentina, cuando parecía que iba a ganar, cuando estaban montando las redes.